

EL COMERCIO TACNEÑO FRENTE A LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

Jaime Rosenblitt B.

Resumen:

Las juntas de Tacna han sido vistas como el primer intento independentista peruano y su fracaso se ha atribuido a errores particulares de sus líderes y a traiciones de algunos de sus colaboradores cercanos. Este artículo examina una causa aun no explorada: el compromiso, o falta de compromiso, de los principales actores económicos locales, los comerciantes.

Palabras clave: Independencia del Perú / Tacna / comercio / comerciantes / política

Abstract:

Historians propose the Tacna *Juntas* as the first attempt for Peruvian Independence. It's failure has been attributed to errors in its leaders' actions, and betrayals from their supporters. This article looks forward to analyzing a yet unexamined element: local merchants' commitment – or lack of – with the separatist movements.

Keywords: Peruvian Independence / Tacna / merchants / politics

No obstante estar ubicada en una zona relativamente periférica respecto de los principales núcleos de poder político del mundo virreinal, la región tacnoariqueña

se vio comprometida en las campañas de las guerras de la independencia, ya sea porque su estratégica localización hizo del puerto de Arica un punto de interés para los ejércitos en disputa, porque, como parte del sur bajoperuano, su territorio contribuyó al sostenimiento material y logístico de los ejércitos leales al Rey, y porque sus habitantes en dos ocasiones protagonizaron alzamientos populares en favor de la independencia peruana.

Al igual que el resto del virreinato del Perú, la región de Tacna y Arica no percibió inicialmente la crisis del sistema colonial como un proceso que derivaría en su fin, sino que más bien se advertía una realidad convulsionada e inestable que se prolongaba por más de treinta años. Las reformas administrativas y económicas aún no estaban plenamente asimiladas por la población; la rigurosa forma de ejercer el poder que practicaban intendentes y subdelegados dejaba escaso margen para la expresión de los intereses locales; el permanente estado de beligerancia internacional que mantuvo España desde 1793 redundaba en una sensación de inseguridad general; las insurrecciones de 1780-82 ahondaron la desconfianza de la población hacia el mundo indígena; y la ausencia forzada del monarca Fernando VII y la invasión napoleónica de la península provocaron conmoción y agudizaron la incertidumbre.

Las primeras señales que desafiaban la continuidad del orden imperial llegaron a Tacna el 28 de julio de 1809, cuando el teniente coronel Ramón de Ballivian irrumpió al galope en el pueblo, avisando del alzamiento popular en La Paz encabezado por Pedro Domingo Murillo, que depuso al gobernador Francisco de Paula Sanz, convocó a un cabildo abierto, instauró un gobierno provisional, reemplazó a todas las autoridades peninsulares por criollos y atrajo la adhesión de la Audiencia (Macera 1968: 96). La noticia fue enviada al intendente de Arequipa, Bartolomé María de Salamanca, y de ahí al virrey Fernando Abascal, quien dispuso la organización de una expedición punitiva al mando del general José Manuel Goyeneche. La fuerza restauradora que sometió a los revolucionarios el 11 de noviembre de 1809 en la batalla de Irupana, contaba con mil trescientos hombres reclutados en las intendencias de Cuzco y Arequipa, incluyendo cuatrocientos tacneños: doscientos dragones de caballería, encabezados por el capitán Tomás Navarro, y doscientos milicianos de infantería, comandados por el capitán Pablo de la Barra. Casi un año después, otros ciento cincuenta soldados tacneños se sumaron

a las armas reales, esta vez para combatir a los rebeldes del Río de la Plata que intentaban invadir el Perú desde la sierra (Macera 1968: 104).

En la medida en que el Alto Perú se convirtió en el principal escenario de enfrentamiento con los ejércitos rioplatenses, para las fuerzas del virrey del Perú, comandadas por Joaquín de la Pezuela, el puerto de Arica se constituyó como un punto de importancia logística para reforzar ese frente, donde debían contenerse los embates de la Junta de Buenos Aires. Así, en mayo de 1815, arribó desde Valparaíso un batallón de cuatrocientos talaveras y, un mes después, otro de cuatrocientos setenta chilotes, que gracias a la derrota infligida a los patriotas chilenos en Rancagua pudieron integrarse al ejército realista. Un año después fondeó la fragata española *La Venganza*, trayendo a bordo desde Panamá al batallón Gerona, que venía de España, al mando del general José de la Serna. Este cuerpo permaneció una semana en Tacna antes de seguir su marcha hacia el altiplano. En julio de 1817 un convoy de once naves, escoltado por la fragata *Esmeralda*, desembarcó en Arica un considerable volumen de auxilios para el ejército del Alto Perú, consistente en víveres, equipos y tropas, entre las que se encontraba un batallón del prestigioso regimiento Burgos. Finalmente, en junio de 1818, llegó desde Lima el brigadier José Canterac, acompañado por el coronel Agustín Gamarra, al mando de un batallón del regimiento El Cuzco, para hacerse cargo del Estado Mayor del frente altoperuano (Dagnino 1910: 12-28).

No obstante la ayuda a estos contingentes, la identificación con la causa realista estaba lejos de representar el parecer de los habitantes de la región, cuyos verdaderos sentimientos comenzaron a expresarse a partir del miércoles 20 de junio de 1811. Esa noche, un grupo de hombres liderado por José Rosa Ara asaltó por sorpresa el cuartel de caballería, logrando reducir a la guarnición y apoderarse de las armas allí depositadas. Estremecidos por los acontecimientos, los vecinos se fueron reuniendo en torno al recinto hasta convertirse en una turba que, aclamando al rey cautivo, a la religión católica y a la Junta de Buenos Aires, se dirigió al domicilio del comandante del regimiento de dragones, Francisco Navarro, para apresarlo. En ese momento Francisco Zela y Arizaga, ensayador, fundidor y balanzario de la Caja Real, asumió el liderazgo del movimiento asignándose el título de comandante de las *Fuerzas Unidas de América*, e intentó detener al subdelegado Antonio Rivero y a los oficiales de la Caja Real Domingo de Agüero y Juan de Ozamiz; sin éxito porque

dichos funcionarios habían huido a Arica, donde se pusieron bajo la protección del sargento mayor Felipe Portocarrero Calderón, comandante de la guarnición del puerto (Cúneo-Vidal 1961: 111-112).

Al segundo día el movimiento revolucionario comenzó a tomar forma, en medio de la algarabía del vecindario. El primer acto de Zela fue dar a conocer al pueblo un bando explicando los motivos y el origen de la insurrección. A semejanza de otros movimientos hispanoamericanos, la proclama comienza reconociendo su lealtad a Fernando VII y declarándose el primer defensor de «la Religión, la Patria y el Estado», la cual «con engaños quieren entregar algunos malos españoles al monstruo, al tirano, al Emperador de los franceses», y configurando una conspiración contra el rey y sus súbditos leales, de la que forman parte el gobierno de Lima y sus tropas en el Alto Perú para «abrogarse la propiedad de nuestro propio suelo con el objeto de comer y subsistir de sus poderosas entrañas». Por estos motivos es que se pliega a la postura de la junta de las provincias del Río de la Plata, con la cual, a través de su vocal Juan José Castelli, ha estado en contacto y coordinación en aras «de la justa defensa que se hace para la conservación de estos dominios en beneficio de nuestro oprimido soberano». Luego de leer el manifiesto, Zela se dirigió a la oficina donde funcionaba la Caja Real, expropió para la revolución los dos mil pesos allí depositados y designó a tacneños en los cargos públicos más importantes, como Pedro Alejandrino de Barrios y Pedro Cossio en reemplazo de los oficiales de hacienda que habían huido a Arica, y a Cipriano Vargas como administrador de Correos (Cúneo-Vidal 1961: 118-119).

En el tercer día de la sublevación Francisco Zela se dedicó a organizar a los vecinos que se presentaron para integrarse a las filas de la Unión Americana; despachó mensajeros a los valles de Sama, Ilabaya, Locumba y Tarata informando de los acontecimientos y solicitando voluntarios para engrosar la fuerza militar del movimiento, y despachó dos oficios hacia el puerto de Arica: uno dirigido al fugitivo delegado Rivero, instándolo a no oponer ninguna resistencia al movimiento y a pronunciarse en favor de la patria, ya que de lo contrario sería «hostilizado en breve por las tropas del mando del Excmo. señor Castelli, que se hallan en activo movimiento desde que se violó escandalosamente, por parte del general Goyeneche, el armisticio pactado»; y otro a su amigo Hilarión Blancas, haciéndole saber que la legitimidad de su mando político y militar emanaba del vocal Castelli y

solicitándole que «gane sin demora la voluntad de los señores alcaldes de esa ciudad, principalmente la de don Justo Pastor Portocarrero Calderón, ayudante mayor de esa guarnición y demás amigos, a quienes juzgue deseosos de unirse a causa tan justa» (Cúneo-Vidal 1961: 123-126).

El domingo 24 de junio, cuarto día del movimiento, comenzó como una jornada que parecía auspiciosa para la revolución tacneña, ya que desde la madrugada comenzaron a llegar al pueblo, procedentes de las comarcas vecinas, numerosos jinetes encabezados por los vecinos más respetados (Cúneo-Vidal 1961: 127),¹ a incorporarse como combatientes a un movimiento que ya sumaba cerca del millar de hombres en armas. Sin embargo las horas trascurrían sin que llegaran las novedades más esperadas por Zela: el anuncio de sublevaciones simultáneas en Arequipa y Tarapacá, y el aviso de un emisario dando cuenta de que los refuerzos rioplatenses comprometidos por el doctor Castelli habían traspasado el río Desaguadero y estaban próximos a hacerse presentes para consolidar la liberación del sur bajoperuano (Cúneo-Vidal 1961: 133-134). La incertidumbre comenzó a socavar el apoyo a la insurrección, los menos entusiastas pasaron de un tibio apoyo a la indiferencia e incluso la hostilidad. El propio caudillo, cerca de las cuatro de la tarde y mientras pasaba revista a los milicianos reunidos en la pampa del Caramolle (en el costado oriental del pueblo), comenzó a experimentar arrebatos de ira antes de perder el conocimiento por completo, producto de la fatiga de su organismo por la falta de alimento y descanso, y su ánimo quebrantado por la angustia de no recibir las anheladas noticias, ya que el destino del levantamiento dependía de la ayuda militar comprometida por Buenos Aires. A partir de entonces y en el transcurso de pocas horas, se precipitó el fin de la primera insurrección tacneña.

Trasladado a su domicilio para tomar un necesario reposo junto a su familia, Francisco Zela fue apresado por un piquete de soldados conducidos por un colaborador que lo había traicionado, mientras que una fuerza disciplinada de doscientos hombres que el subdelegado Rivero organizó en Arica ingresaba en el pueblo, sometía al resto de los rebeldes y restablecía el orden político vigente hasta pocos días atrás (Cúneo-Vidal 1961: 145-147). Ciertamente el primer levantamiento anticolonial peruano no tuvo un auspicioso porvenir, dada la inexistencia de

¹ «De Tarata, encabezados por el honrado cacique Copaja; de Sama, conducidos por los Julio Rospigliosi y los Osorio; de Locumba, por los Vértiz, los Nieto, los Barrios, los Yañez y los Castañón; de Ilabaya por los Sánchez, los Villanueva y los Lupistaca, llegaban por momentos grupos de jinetes que, unidos a los seiscientos entre jinetes e infantes acuartelados en el pueblo, sumaban un buen millar de futuros combatientes» (Cúneo-Vidal 1961: 127).

movimientos análogos en las provincias vecinas y su total dependencia del auxilio militar de la Junta de Buenos Aires, cuyo ejército fue derrotado en la batalla de Huaqui por el general Goyeneche, el mismo día en que los rebeldes tacneños iniciaron la insurrección.

Pero la derrota no aplacó la simpatía de los tacneños hacia la causa de la independencia, ni la percepción de la Junta de Buenos Aires respecto del valor militar de la villa. Aunque los estrategas de la revolución porteña organizaron una campaña de propaganda y subversión en todo el litoral del sur bajo peruano, concentraron parte importante de sus esfuerzos en Tacna, conscientes que era un eje de comunicaciones entre varias regiones del virreinato y que, por estar su población mayoritariamente dedicada a la arriería, podía proporcionar excelentes soldados a la causa americana, aptos para soportar la fatiga y desempeñarse en climas inhóspitos, como el de la sierra y el desierto, con la misma eficiencia que en los ambientes templados de las planicies y los valles intermedios (Mitre 1887-1890: II: 493-495).

Por eso el ejército rioplatense estacionado el Alto Perú, ahora comandado por el general Manuel Belgrano, mantuvo los contactos con los rebeldes tacneños. La intención era apoyarlos y, en el momento oportuno, abrir un frente en la retaguardia del ejército realista, mediante la sublevación del litoral del sur bajoperuano. Uno de los agentes de Belgrano era el comerciante francés radicado en Tacna Enrique Paillardelle, quien junto a sus hermanos Juan Francisco y Antonio y al alcalde Manuel Calderón de la Barca organizaba un nuevo levantamiento para el momento en que se presentasen las circunstancias precisas. La ocasión se presentó a comienzos de octubre de 1813, cuando las fuerzas realistas destacadas en el Alto Perú, lideradas por el general Pezuela, intentaban reagruparse en Potosí luego de las derrotas sufridas en Tucumán (25 de septiembre de 1812) y Salta (20 de febrero de 1813), que abortaron el intento de someter a las provincias leales a la Junta de Buenos Aires. El general Belgrano dio alcance a las columnas de Pezuela en la pampa de Vilcapugio, diez leguas al norte de Potosí, gracias al hostigamiento efectuado por montoneras indígenas y al lento andar de los realistas, que prácticamente carecían de mulas para trasladar su artillería. Tres semanas antes, el 10 de septiembre, Enrique Paillardelle había regresado a Tacna desde el campamento rioplatense para iniciar el levantamiento cerca del día 28, con la idea de obligar a los realistas a distraer recursos en sofocar el alzamiento, impedirles reforzar significativamente al alicaído

ejército de Pezuela y, finalmente, propinarles una derrota definitiva en el Alto Perú (Mitre 1876-1877: I: 533-566).

La conspiración se puso en marcha el 2 de octubre. Poco antes del atardecer y mientras se efectuaba la procesión de la Virgen del Rosario, llegó al pueblo desde Arequipa el teniente coronel Francisco Suero, comisionado por el intendente José Gabriel Moscoso para reemplazar al subdelegado Antonio Rivero, que había solicitado una licencia por motivos de salud. Suero estaba al tanto del ambiente que le esperaba en Tacna, ya que las instrucciones que recibió del intendente advertían sobre las actividades conspirativas de Paillardelle y le ordenaban confeccionar una lista de los conspiradores en Tacna y Arica, para lo cual recomendaban solicitar la colaboración de los subdelegados Antonio Rivero y Felipe Portocarrero (Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú 1972: XXII-1: 309).

La presencia del oficial español vino a enardecer los ánimos de los tacneños, ya alterados por la presencia de otro militar peninsular, el capitán Antonio Palacio, que había adquirido en la plaza doscientos caballos para reforzar al ejército de Pezuela. Durante la liturgia Suero fue recibido cálidamente por el subdelegado Rivero, que le comunicó que se mantendría en funciones hasta concluir el despacho de la caballada, pero no así por los demás fieles congregados en la iglesia parroquial, especialmente por el cabildo y su alcalde de primer voto, Manuel Calderón de la Barca, que, a la salida de la ceremonia, lo encaró para decirle que legalmente el intendente no tenía autoridad para designar subdelegado interino. A la mañana siguiente, cuando abandonaba la casa en que se hospedaba, el coronel Suero fue enfrentado por una muchedumbre encabezada por Calderón, que le reclamaba la ilegitimidad de su designación y lo forzó a permanecer recluido en su habitación hasta que el cabildo resolviera cómo proceder. La agitación se transformó en motín cuando una centena de hombres armados, encabezada por Calderón y Paillardelle, irrumpió en la casa del subdelegado Rivero, tomó prisioneros a los oficiales Suero y Palacio, y persuadió a las tropas de caballería e infantería acuarteladas para que se sumaran a la revuelta (Cúneo-Vidal 1961: 200-205).

Enrique Paillardelle se puso al frente del movimiento. Luego de someter a los exaltados que se habían entregado al saqueo de las propiedades de españoles y realistas, se apoderó de los caballos destinados al ejército realista del Alto Perú y reorganizó al contingente militar que le era leal, básicamente criollo, en una

compañía que denominó cazadores de Tacna, cuyo comando confió a José Gómez. Al día siguiente arengó a los tacneños, explicándoles que su mandato provenía de la Junta de Buenos Aires y del general Belgrano, los instó a sumarse a la revolución, ya sea incorporándose como soldados o contribuyendo con dinero y armas, y amenazó de muerte a quienes se opusieran, lo que provocó la huida a Arequipa de los realistas. Luego despachó un propio al campamento del ejército de las Provincias Unidas del Plata en Potosí, informándole al general Belgrano de la sublevación y solicitando un contingente de caballería para contener la arremetida realista que esperaba llegase desde Arequipa y Arica (Cúneo-Vidal 1961: 207-211).

El 5 de octubre en la mañana salió otro mensajero hacia el puerto de Arica llevando un oficio para el primer regidor del cabildo de esa ciudad, conminándolo a plegarse al movimiento, ya que de lo contrario la villa sería considerada como un bastión enemigo:

Tengo a mis órdenes a doscientos hombres armados que, como yo, libres y entusiastas, equivalen a dos mil subyugados de la tiranía. Avéngase Ud. a entregar las armas que se hallan en su poder, bajo las condiciones siguientes: su ascenso inmediato a la clase de capitán y dos mil pesos en dinero efectivo.

De otra manera, tiemble Ud. por su vida y por la de sus secuaces pues su negativa me obligaría a ponerme en marcha sobre esa infeliz ciudad, la que tomaré irremisiblemente con el concurso de los 120 hombres de fusil y 50 de caballería, hijos de Buenos Aires, que se hallan a inmediaciones de Tacora, a quien darán pronto auxilio 100 de caballería, armados de pistola y sable, y 200 de lanza, cuyos caballos dispuso la Providencia que fuese juntando para nosotros don Antonio Palacio.

Ello servirá de escarmiento para los que se atrevan a mover las armas contra el suelo patrio (Cúneo-Vidal 1961: 212).

La jornada continuó con el descerrajamiento de las cajas reales, dado que el contador y el tesorero que custodiaban sus llaves habían huido a Arequipa, y la incautación de casi 1.900 pesos, que junto a las erogaciones de los patriotas tacneños y los recursos que había enviado Belgrano previamente totalizaron poco más de 15.000 pesos a disposición de los insurrectos. La oficina de la Real Hacienda

fue rebautizada como «Cajas de la Nación» y en reemplazo de los oficiales fugados fueron designados criollos. Paralelamente se inició el acopio de cobre y bronce y el acondicionamiento de la callana para la fundición de cañones (Cúneo-Vidal 1961: 212-213).

En los días siguientes continuaron los ejercicios militares y la reorganización del aparato administrativo local, en tanto que crecía el entusiasmo de los tacneños por la causa patriótica, no obstante los rumores que circulaban advirtiendo que el intendente Moscoso preparaba un ataque al pueblo con una fuerza no inferior al medio millar de hombres, reclutados en Arequipa y Moquegua, y que la guarnición de Arica estaba presta a sus instrucciones para embestir la retaguardia de los rebeldes. Preocupado por la falta de novedades sobre la llegada de los refuerzos rioplatenses, el domingo 10 de octubre Paillardelle invitó a los tacneños a presenciar una revista de las milicias revolucionarias en la pampa del *Caramolle*, donde pronunció un encendido discurso convocando a la lucha y anunciando la próxima salida de las tropas para enfrentar al ejército del intendente (Cúneo-Vidal 1961: 213-216).

Las huestes patriotas, alrededor de cuatrocientos cincuenta hombres montados, salieron de Tacna el 12 de octubre encabezadas por Paillardelle, que dejó a Calderón de la Barca a cargo del gobierno civil y militar del pueblo y a José Gómez al mando de la guarnición de ocho hombres para la custodia de los prisioneros. Apenas las tropas enfilaron hacia el norte, con rumbo hacia el valle de Sama, algunos cabecillas comenzaron a desertar de la revolución y el movimiento principió su disolución. José Gómez se apresuró a liberar a los oficiales realistas, a negociar con ellos su situación después que la insurrección fuera controlada y a instruir a los guardias en no obedecer ninguna orden que no proviniese directamente de él. La fuga de Suero y Palacio permitió al intendente de Arequipa conocer anticipadamente los planes de Paillardelle y así sorprenderlo en un lugar apropiado a las características de sus fuerzas. Estas estaban compuestas por ciento cincuenta infantes y cincuenta jinetes de la guarnición arequipeña, al mando del coronel José García de Santiago; cien cívicos moqueguanos dirigidos por los vecinos José María de Artieda y Santiago de la Flor; y los cerca de trescientos soldados y reclutas que guarnecían permanentemente el puerto de Arica, y que, capitaneados por el coronel José Manuel Antezana, esperaban solo una señal para caer sobre la indefensa Tacna (Cúneo-Vidal 1961: 219-224).

El enfrentamiento tuvo lugar el 31 de octubre, cerca de las 4 de la tarde, en el campo de Caimara, valle de Sitana. Advertido de la presencia de los insurgentes a media legua del campamento realista, en las laderas de la quebrada, el coronel García Santiago hizo alinear a la infantería arequipeña, dejó a los cívicos moqueguanos en la reserva, detrás de las cuatro piezas de artillería de que disponía, e instruyó a sus jinetes en movilizarse para evitar cualquier maniobra envolvente de los rebeldes. El resultado de la refriega, que duró apenas media hora, fue que la disciplinada formación de la infantería arequipeña resistió a pie firme la carga de la caballería tacneña, que fue incapaz de reagruparse y se desbandó, dejando en el campo seis muertos y quince prisioneros (Cúneo-Vidal 1961: 224-226). De inmediato Paillardelle envió un mensajero a Tacna, informando a Calderón del revés sufrido y pidiéndole que comenzara los preparativos para la defensa del pueblo, suponiendo que ya habían llegado los refuerzos prometidos por Belgrano. Sin embargo, la noticia solo trajo más estupor a la villa, que había perdido toda esperanza de recibir auxilio del ejército rioplatense al saberse de su derrota en Vilcapugio el 30 de septiembre, dos días antes de la insurrección local. Reunido de urgencia, el ayuntamiento tacneño resolvió que la resistencia sería inútil y solo traería más desastre y sufrimiento, por lo que sus miembros acordaron dejar sus cargos, entregar el gobierno de la ciudad al cura párroco y advertir a las personas más comprometidas e identificadas con el levantamiento que busquen refugio en un lugar seguro (Cúneo-Vidal 1961: 226-227).

Sofocada la segunda asonada anticolonial tacneña, surgen de inmediato las necesarias comparaciones con la primera. Las diferencias fundamentales radican básicamente en que mientras la primera duró apenas cuatro días y tuvo un claro perfil fidelista, la segunda fue más prolongada (un mes) y evidenció la germinación de una conciencia nacional, o por lo menos americana, que la inscribe en la misma categoría que otros movimientos independentistas hispanoamericanos. Pero las diferencias terminan ahí, pues ambos levantamientos compartieron rasgos que los condujeron a la derrota (Seiner 2001: 66-69).

Uno de ellos, y el más evidente, fue la carencia de un poder militar propio que les permitiera sostenerse sin depender de la asistencia de la Junta de Buenos Aires, lo que resultó un factor determinante en sendos fracasos. Otro fue la falta de un liderazgo equilibrado, prudente y racional, capaz de tomar decisiones oportunas y

eficaces, que aprovecharan las fortalezas del movimiento y no lo expusieran a riesgos innecesarios. También llama la atención el hecho de percibirse a la causa patriota radicada (aislada) únicamente en Tacna, y de no constituir esta un sentimiento o una postura gravitante, por lo menos a escala regional, ya que en ambos movimientos es posible apreciar que Arica y Moquegua asumieron posiciones hostiles, tal vez ocultando antagonismos y localismos ancestrales, que afloran en coyunturas críticas, disimulados en postulados políticos e ideológicos (CDIP 1972: XXII-1: 6-10). Finalmente, y tal vez un factor más sutil pero no menos gravitante, es que si bien las dos insurrecciones despertaron el entusiasmo y concitaron la participación de la mayor parte de la comunidad tacneña detrás de una causa a la que se plegaron indistintamente criollos, indígenas y mestizos (Fisher 1979: 247-248)², es sensible el divorcio entre la mayor parte de la población y los principales intereses económicos regionales, en este caso vinculados al sector comercial, puesto que ni las proclamas de los rebeldes contenían reivindicaciones que interpretaran sus demandas, ni los actores económicos más relevantes asumieron posturas abiertas y definitivas, a diferencia de parte importante de los mercaderes bonaerenses y chilenos, que se pronunciaron por la independencia, o los limeños, que en la medida de lo posible se mantuvieron leales a la monarquía (Lynch 2001: 44-55, 129-137, 154-158).

Si la carencia de recursos, organización y conducción lúcida sentenciaron de antemano el destino de los levantamientos tacneños, la causa profunda de ambos fracasos reside en que los únicos actores locales capaces de suplir la falta de medios, es decir los mercaderes criollos vinculados al intercambio con el Alto Perú y a la minería tarapaqueña, se abstuvieron de intervenir a favor de la causa autonómica, privándose con ello de conquistar grados de gravitación política suficientes para resolver sus problemas económicos, esto es, eliminar la competencia de los comerciantes criollos y limeños, que desde mediados de la década de 1790 los mantenían al margen de los circuitos mercantiles más rentables.

Al examinar la nómina de los procesados por participar en el asalto al cuartel de infantería la noche del 20 de junio de 1811, no encontramos ningún nombre identificado con los intereses comerciales más importantes del vecindario.³ La mayoría de los involucrados eran pequeños y medianos mercaderes, arrieros,

² La hipótesis central de este trabajo es que las insurrecciones peruanas anticoloniales son la expresión de un regionalismo antilimeño que, como reacción, empuja a la capital a alinearse con los intereses imperiales como el mejor camino para conservar su primacía política, administrativa y económica.

³ Ver lista en Cúneo Vidal 1961: 105.

agricultores y algunos profesionales y burócratas. Aunque minoritario, de este segmento provenían los líderes de la sublevación, principiando por su caudillo, Antonio de Zela y Arizaga, quien había heredado de su padre, Francisco de Zela y Neira, el cargo de fundidor, ensayador y balanzario de la Caja Real. Otros protagonistas fueron el licenciado en leyes José Rosa Ara y sus hermanos Fulgencio y José Manuel, hijos del cacique Toribio Ara, quien se dedicaba a la arriería y había logrado reunir un pequeño patrimonio consistente en cincuenta mulas, una vivienda en Tacna, tierras regadas en la cabecera del pueblo y ocho esclavos,⁴ pero sus actividades no excedían de la producción de maíz en su propiedad y la mera comercialización de aguardiente y granos en el Alto Perú.⁵

Entre los procesados también figuran los hermanos José, Rafael Gabino y Pedro Alejandrino de Barrios, cuyo padre, Nicolás de Barrios, era propietario de la hacienda Tocuco, sembrada con viñedos y alfalfares, y de un molino en Ilabaya, y que entre 1781 y 1788 incursionó esporádicamente en el comercio, efectuando rescates de azogue para mineros huantajayinos, como Francisco y Valentín de la Fuente, Antonio Cuadros y Francisco Echeverría,⁶ y algunas ventas de aguardiente moqueguano en Potosí. De los hermanos Barrios, el que ostenta mayor figuración mercantil y pública es Pedro Alejandrino, especializado, igual que su progenitor, en la comercialización de aguardiente en el mercado alto peruano,⁷ y en varias ocasiones asumió funciones de representación comunitaria y cargos administrativos, como en agosto de 1793, cuando el intendente de Arequipa lo designó representante de los derechos de los vecinos españoles de Tacna, miembro la comisión organizada para obtener fondos destinados a la construcción de tres estanques para el almacenamiento de agua y responsable de levantar recursos para edificar una nueva cárcel en el pueblo.⁸ En cuanto a Rafael Gabino y José, el primero también se dedicaba al comercio, y el segundo tenía estudios completos de Derecho, ya que en varios expedientes figura cumpliendo la

⁴ Archivo Nacional Histórico (Chile), Archivo Judicial de Arica (AJA), legajo 4, pieza. 8. 23 de agosto de 1814. Inventario de bienes de Toribio Ara.

⁵ Archivo Nacional Histórico (Chile), Archivo Administrativo de Arica (AAA), legajo 11, pieza. 23. 23 de diciembre de 1812. Una de las operaciones más cuantiosas efectuadas por Toribio Ara corresponde a un contrato con el subdelegado y comandante militar del partido de Arica, Antonio Rivero y Aranibar, para proporcionar y trasladar 500 fanegas de maíz al ejército realista del Alto Perú.

⁶ Biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, Caja Real de Arica (CRA), legajo 4, folios 53, 139, 192 v, 195v y 220.

⁷ CRA, legajo 5, folio 18v. 21 de junio de 1787.

⁸ AAA, legajo 8, pieza 12.

función de juez e incluso en la lista de procesados su nombre viene precedido por la calidad de «doctor».⁹

Otras personas que aparecen en el sumario levantado a raíz de los incidentes de junio de 1811, son los hermanos Julián y Felipe Gil¹⁰, troperos dedicados al acarreo de aguardiente entre Tacna, Moquegua y los valles vecinos, a veces por su cuenta y otras prestando servicios de flete hacia el altiplano a comerciantes establecidos.¹¹ Finalmente, entre los conspiradores procesados también se encontraban algunos agricultores, como Francisco de Paula Alayza, propietario de la hacienda de pan llevar Gangola, en el valle de Sama, y Juan Julio Rospigliosi, miembro de una importante familia terrateniente del mismo valle.

Entre los implicados en el movimiento de 1813 tampoco es posible advertir la presencia de personas vinculadas a los principales actores del comercio local. Desde ya, los líderes del movimiento, Enrique Paillardelle y Manuel Calderón de la Barca, no figuran en los registros de la escribanía local consignando operaciones mercantiles. En el caso de Paillardelle, de quien se afirma era comerciante, sus actividades probablemente eran de baja envergadura, limitándose a la compra y venta al menudeo, en tanto que Calderón tenía relevancia porque dirigía el cabildo de Tacna y era hijo del ex contador de la Caja Real Fausto Calderón de la Barca, sumariado y multado en 1788 por irregularidades detectadas en la administración del ramo de alcabalas, de modo que su participación podría atribuirse a un resentimiento más que a una convicción.¹²

Otros conspiradores ligados al comercio, identificados porque fueron capturados en la batalla de Caimara o apresados una vez sofocado el movimiento

⁹ AAA, legajo 10, pieza 14. 9 de julio de 1805.

¹⁰ Entre los implicados en el motín de junio de 1811 figura Pedro José Gil de Herrera y Montes de Oca, de quien Rómulo Cúneo-Vidal (1961: 106-108) informa que nació en 1751, era militar de carrera, probablemente teniente coronel, miembro de una familia criolla de Calana y con una delicada relación con otro conspirador, José Gómez, quien —especula Cúneo Vidal— habría sido hijo natural de su esposa, Petronila de Alcántara Valderrama. Ignoramos su parentesco con los hermanos Julián y Felipe, y más allá de suponer la existencia de vínculos sanguíneos en una sociedad tan endogámica como la tacneña de fines del siglo XVIII, solo podemos aportar que los antecedentes recopilados dan cuenta de la existencia de miembros de la familia Gil dedicados a la arriería a lo largo de todo el período que cubre esta investigación, en tanto que otros Gil ocuparon cargos públicos, como el propio Pedro José e Isidro Gil Montes de Oca, el primero guarda mayor del Estanco del Tabaco y el segundo amanuense de las Cajas Reales (Unanue 1793: 105-106), o Pedro Pablo Gil, teniente de milicias y alcalde ordinario de Tacna en 1793 (Barriga 1948: III: 26).

¹¹ CRA, legajo 5, folios 1, 17 y 47; AJA, legajo 72, pieza 9. 23 de septiembre de 1795. Julián Gil demanda judicialmente a Rafael Gabino de Barrios el pago del traslado de 20 cargas de aguardiente a La Paz.

¹² AAA, legajo 6, pieza 13. 15 de marzo de 1788. Lista de los fiadores de Calderón de la Barca que deben hacer efectiva la garantía comprometida en la Caja Real.

(Cúneo-Vidal 1961: 225, 231), fueron los hijos de Silvestre Gandolfo, Mariano, que seguirá la profesión de agrimensor, y Ángel, de quien solo se sabe que percibía rentas de los inmuebles que le legó su padre y esporádicamente incursionó en el comercio altioplánico.¹³ Al igual que en la insurrección de 1811, esta vez también hubo miembros de la familia sameña Rospigliosi entre los conspiradores. Se trata de los hermanos José Julio y Pedro Antonio Rospigliosi, el primero de los cuales comandó la caballería rebelde en Caimara y que más tarde tendrá una destacada trayectoria como abogado y político, llegando a ser diputado nacional por la provincia de Arica en las décadas de 1840 y 1850,¹⁴ mientras que el segundo se dedicó a la agricultura y a la venta de vino y aguardiente en Bolivia.¹⁵ Entre los sumariados también figura Eustaquio Palza e Infantas, miembro de la antigua familia de arrieros comerciantes y hacendados de Calana, cuya vida laboral estuvo enfocada hacia la agricultura y la compra venta de predios urbanos y rurales.¹⁶

El único de los procesados por tomar parte en la revuelta de 1813 con intereses mercantiles de cierta envergadura fue Nicolás Buteler, que en ese momento era un hombre de 40 a 45 años que comenzaba la fase ascendente de su carrera empresarial. Miembro de una familia irlandesa radicada en 1740 en Córdoba¹⁷, virreinato del Plata, la Caja Real era entonces su principal cliente, luego de la suscripción de dos convenios para hacerse cargo del sostenimiento de las guarniciones militares de Arica e Ilo¹⁸. Aunque Nicolás Buteler formó familia, se radicó en Tacna y en las décadas de 1820 y 1830 llegó a ser uno de los principales mercaderes criollos de la plaza¹⁹, es difícil suponer que su participación en la segunda insurrección tacneña no estuviera animada por otra cosa que sus ideas políticas, pues como contratista de servicios, todo cálculo económico debía necesariamente conducirlo a ponerse del lado de la Corona²⁰.

¹³ Archivo Nacional Histórico (Chile), fondo Archivo Notarial de Arica (ANA), legajo 68, folios 52-53. 27 de junio de 1822; legajo 77, folios 25-25v. 15 de febrero de 1828.

¹⁴ *La Revista*, N° 5, Tacna. 11 de agosto de 1842; Ver también: Carrasco 1848: 37, 1852: 13.

¹⁵ ANA, legajo 66, folios 19v-20v. 19 de enero de 1820; legajo 78, folios 225v-227. 8 de marzo de 1832.

¹⁶ ANA, legajo 62, folios 5v-6v. 9 de enero de 1813; legajo 66, folios 10-11. 15 de enero de 1820; AJA, legajo 134, pieza 6, 9 de septiembre de 1832.

¹⁷ <http://famiabutler.blogspot.com/2008/02/los-butler-de-ballynackill-en-crdoba-de.html>. Visitada el 13 de de enero de 2009, a las 14:55 hrs. de Santiago de Chile. La familia Butler procede del pueblo de Ballekeife, condado de Kilkenny, Irlanda. De cuatro hermanos varones, los dos menores, James y Nicholas, se radicaron en Cádiz. En 1740 Nicholas pasó al Río de la Plata donde castellanizó su nombre.

¹⁸ ANA, legajo 61, folios 146-147. 10 de marzo de 1805; AAA, legajo 11, pieza 15. 11 de octubre de 1809.

¹⁹ ANA, legajo 84, folios 310-311v. 8 de enero de 1834. Testamento de Nicolás Buteler.

²⁰ En sus memorias, el general George Miller relata que cuando debió abandonar la provincia de Arica con sus tropas, el 22 de julio de 1821, recibió muestras de afecto y respaldo de buena parte de la población, afecta a la causa patriota. Se presentaron Enrique del Solar y Nicolás Buteler, solicitándole los admitiera al servicio de su ejército.

La indiferencia de los principales actores comerciales tacneños frente a los movimientos anticoloniales locales demuestra que, más allá de la cautela frente a la alteración de la tranquilidad pública, en su horizonte político no cabía la posibilidad de resolver sus problemas fuera del orden colonial, de modo que, tal como otras elites virreinales, su tardía adhesión a la independencia fue consecuencia de los hechos más que de una convicción, y estuvo inspirada por la necesidad de conservar su primacía económica y social.

Miller rechazó la oferta y les aconsejó reconciliarse con los realistas y aprestarse para apoyar en el futuro una nueva campaña patriota (Miller 1920: I: 334-335).

BIBLIOGRAFÍA

Barriga, Víctor

1941-48 *Memorias para la historia de Arequipa*. 3 volúmenes. Arequipa: Editorial La Colmena.

Carrasco, Eduardo

1848 *Calendario y guía de forasteros de la República Peruana para el año bisiesto de 1848*. Lima: Imprenta de José María Masías.

1852 *Calendario y guía de forasteros de la República Peruana para el año bisiesto de 1852*. Lima: Imprenta de José María Masías.

Colección Documental de la Independencia del Perú (CDIP)

1972 «Documentación Oficial Española». En: *Colección Documental de la Independencia del Perú*. Tomo XXII, vol. 1. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.

Cúneo-Vidal, Rómulo

1961 *Historia de las insurrecciones de Tacna por la Independencia del Perú*. 2.^a edición. Lima: Banco de Crédito del Perú.

Dagnino, Vicente

1910 *El ayuntamiento de Tacna*. Tacna: Taller Tipográfico de Carlos García.

Fisher, John

1979 «Royalism, Regionalism and Rebellion in Colonial Peru, 1808-1815». *Hispanic American Historical Review*, vol. 59, N.º2. Durham, NC: Duke University Press; pp. 232-257.

Lynch, John

2001 *Las Revoluciones Hispanoamericanas. 1808-1826*. 8.^a edición en español. Barcelona: Editorial Ariel.

Macera, Pablo (ed.)

1968 *Arequipa 1796-1811. La Relación del Intendente Salamanca*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, Seminario de Historia Rural Andina.

Miller, John

1920 *Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*. 2 tomos. Madrid: Editorial América.

Mitre, Bartolomé

1876-77 *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. 3 volúmenes. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.

1887-90 *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana*. 3 volúmenes. Buenos Aires: Félix Loujane, editor.

Seiner, Lizardo

2001 «La rebelión de Tacna de 1811». En Scarlett O'Phelan (comp.): *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero; pp. 66-69.

Unanue, José Hipólito

1793 *Guía Política, Eclesiástica y Militar del Perú*. Lima: Imprenta de los Huérfanos.